

REPENSAR EL SOCIALISMO

MARÇ 2001

NÚM. 11

100 PTES



Quaderns
per a la solidaritat

Edita: Justícia i Pau

Rivadeneyra, 6, 10è
08002 Barcelona
Tels. 93 317 61 77
Fax 93 412 53 84
e-mail juspau@pangea.org
www.justiciaipau.org

D.L.: B-22938-1998

Il·lustració: Dària Esteva
Grafisme+impressió: Fundació Tam-Tam

REPENSAR EL SOCIALISMO

POR LUIS DE SEBASTIÁN¹

1. Justificación del tema

El colapso del socialismo real de la URSS y de los países satélites, así como la tranquila transición de China hacia una economía de mercado han hecho caer en desuso el término y el concepto de socialismo en el pensamiento político moderno. El socialismo ya no es tema de discusión sobre la actualidad, y mucho menos sobre el futuro, es más bien un tema para la historia. ¿Para qué repensar el socialismo?, me dirá alguien. ¿Merece la pena emplear el tiempo en teorizar y discursar sobre una forma de organizar la sociedad que ha fracasado estrepitosamente? O lo que viene a ser lo mismo, ¿para qué buscar alternativas al sistema de mercado, que en sus varias formas está funcionando tan bien? Como hay mucha gente que piensa así, no hay más remedio que justificar el tema.

Creo en primer lugar que hay que tener claro qué es lo que ha fracasado con el hundimiento de la Unión Soviética y la conversión de China. Para comenzar, es evidente que la social democracia no ha fracasado. Por lo tanto desde las formas todavía vigentes –y con buena salud– (en Alemania, Japón, Francia, Italia, Austria, México) de este modelo siempre sería posible desarrollar formas más avanzadas de social democracia de las que conocemos, que lleguen a los confines de lo que normalmente se ha entendido por socialismo. Aunque, la verdad, el programa y utopía neo-liberal ha hecho tanta mella en los socialdemócratas europeos y latinoamericanos que no se les ve con muchas ganas de profundizar la social democracia, ni siquiera de restablecer los niveles democracia económica e igualdad que hubo en Europa después de la II Guerra Mundial, entre 1945 y 1975. Por aquí no parece haber mucho futuro para una evolución tranquila -no traumática- hacia el socialismo.

Lo que se llamó «socialismo real» fue en realidad un régimen dictatorial, anti-liberal, y en ese sentido, como veremos a continuación, falsamente socialista. El sistema soviético trató de imponer la igualdad por decreto, sacrificando la libertad hasta extremos inhumanos, que además fue a la larga ineficiente aun para los fines económicos propios del sistema (por la eliminación de los naturales incentivos humanos al trabajo y al progreso). Fue por otra parte un *socialismo militar*, más que civil, en el cual las prioridades para el uso de los recursos productivos estuvieron determinadas por razones de poderío militar –y de la carrera armamentística, que fue lo que en definitiva perdió a la URSS– más que por consideraciones del bienestar y progreso histórico de la población en general. De esa forma, el sistema soviético suprimió de su agenda uno de los rasgos esenciales de la utopía y programa socialista, como es el pacifismo. A pesar de las declaraciones solemnes de lo contrario, nadie se cree que el sistema soviético fuera un tipo de socialismo pacifista.

No quiero hacer aquí una crítica exhaustiva del sistema soviético, que, por supuesto, también tuvo cosas buenas, como muy bien siente ahora una buena parte de los ciudadanos de la Federación Rusa, y extraordinarias realizaciones, que en su día de gloria, allá por los años sesenta, atraían la atención y despertaban la envidia de muchos pueblos que trataban de industrializarse (la India, entre otros) y salir de la trampa de unas ineficientes e injustas economías rurales. En todo caso es evidente que el sistema soviético, en todas sus versiones e imitaciones, era una manera muy peculiar, una forma histórica concreta de interpretar y traducir en instituciones, políticas y comportamientos los ideales –o algunos ideales– de un movimiento intelectual y político muy diverso y abstracto. No hay

¹ Catedrático de economía de ESADE. Universitat Ramon Llull, Barcelona

duda que ha fracasado esa forma histórica, específica y peculiar de entender el socialismo: el sistema soviético. Pero eso no implica lógicamente que los ideales básicos del socialismo —de los que tratamos a continuación— no puedan ser interpretados de otra manera y traducidos políticamente a otras formas diferentes, compatibles con los ideales, hábitos de pensar y derechos adquiridos de los hombres modernos. Quizá para nuestra generación, que ha identificado socialismo con regímenes arbitrarios, crueles e ineficientes, el término no les genera buenas vibraciones y haya que esperar a que los contenidos, más que los nombres, de la utopía decimonónica vuelvan a tener atractivo. Para entonces hay que estar preparados.

¿Por qué no cambiamos el nombre de socialismo? ¿Por qué no inventamos otro nombre para un sistema que reúna los rasgos más racionales, humanos y, en definitiva, aceptables de la utopía socialista? Porque, como diría un empresario o un experto en marketing, el producto ya está diferenciado y en cierta manera vendido. Hay mucha gente que quiere el producto original, no sucedáneos. El producto no existe quizá pero sus características son bien conocidas.

Bien, dirán muchos, pero, aunque esto sea así, ¿por qué vamos ahora a cambiar un sistema sociopolítico basado en una economía de mercado libre, que tan magníficos resultados está dando en España, Europa y en el mundo entero? ¿Por qué vamos a emprender inciertas aventuras, cuando hemos conseguido llegar con tanto esfuerzo a un camino seguro hacia la prosperidad? Para muchos, que no dejan de ser la minoría, estamos en el mejor de los mundos y no ven razón alguna para cambiar, a no ser para introducir aquellos cambios que sean necesarios para que el mercado, y la libre empresa tengan un campo mayor de acción. Para los millones de pobres del mundo, sin embargo, que no son tan optimistas sobre la situación actual, un cambio radical de la distribución de la riqueza es lo que esperan ardientemente.

Porque, bien mirado, el mundo en su conjunto no ha cambiado tanto como para haber desterrado las situaciones extremas que dieron lugar al pensamiento socialista y al socialismo como una ideal de la organización de la sociedad. La desigualdad, en primer lugar, es cada vez más grande y más patente, y, por lo tanto, más hiriente e intolerable. De ahí se generan tensiones, como las imparable corrientes migratorias del mundo pobre hacia el mundo rico,

que sólo pueden ir a más y hacerse más problemáticas. El daño ecológico, el sistemático ataque y erosión a los recursos naturales no puede seguir el movimiento uniformemente acelerado que ahora sigue. La tierra tiene límites y cuando se alcancen será necesario que algo esencial cambie.

De todas maneras, el enamoramiento de las generaciones presentes con la libertad del mercado es tal, que en nuestros días no se puede ni plantear la cuestión. Planteémosla quizá para los días de otros, de nuestros hijos o de nuestros nietos.

2. Los ideales del socialismo

El socialismo nació del liberalismo y de su postulado de la igualdad de todos los hombres. Si los hombres son todos iguales y todos tienen los mismos derechos, ¿por qué hay unos pocos que viven tan bien y otros muchos, la mayoría, que viven tan mal? Esta es la pregunta fundacional del socialismo. El socialismo, en sus diversas formas y métodos, trató de conseguir un nuevo pacto social para organizar la sociedad de otra manera, un pacto democrático para generar un reparto equitativo de los frutos de la industrialización. Porque tal como estaba organizada, digamos en el apogeo de la Revolución Industrial, las riquezas que, en medida nunca antes conocida en la historia, se estaban generando, se repartían mal, dejando casi al margen del reparto a quienes con su trabajo, intenso y mal pagado, contribuían de forma esencial a producirlas.

El socialismo es fruto de la misma creencia en la igualdad de los hombres, que las revoluciones burguesas esgrimieron para derrocar las monarquías absolutas. Socialismo es a liberalismo político lo que la riqueza es al poder, es decir un complemento y una unión hipostática. A la cuestión del reparto del poder (negando los privilegios de las familias reales y de la nobleza) le sucedió la del reparto de la riqueza, negando a los propietarios de los medios de producción el privilegio —típico del antiguo régimen— de acumular capital a costa de la miseria de la mayoría de ciudadanos iguales ante la ley. La igualdad o desigualdad en el reparto de las riquezas, riquezas no dadas por la naturaleza, recordemos, sino creadas por medio del trabajo humano, se convierte en la piedra angular de cualquier ideología socialista. El socialismo es, esencialmente, para eliminar la desigualdad.

La persistencia de la desigualdad en el siglo XXI es llamativa. Trescientas personas poseen una fortuna equivalente al producto nacional de varios países africanos. La riqueza personal de Bill Gates² bastaría para dar de comer decentemente durante una semana a los 2.500 millones de pobres del mundo. Las medidas habituales (el coeficiente Gini, por ejemplo) de desigualdad en la distribución del ingreso y de la riqueza aumentan de año en año en la mayoría de los países desde Estados Unidos hasta Mozambique, pasando por el Reino Unido, Brasil (que tiene la distribución más desigual del mundo), África del Sur, Rusia, Guatemala, etc. El ingreso per cápita en Suiza, una medida –imperfecta– de desarrollo, es ochenta veces mayor que el de Mozambique.

A escala más pequeña, en estados, comunidades autónomas y municipios, la creciente desigualdad es también patente. Mientras algunos directivos ganan miles de millones de pesetas al año por unos méritos un tanto dudosos, mientras las plusvalías inmobiliarias crecen como la espuma, los empleados públicos tienen congelados sus sueldos y salarios desde hace dos años y los empleados en empresas privadas o autónomos no suelen tener aumentos comparables a los de la élite dirigente. ¿Y qué diremos de los pobres españoles? Según un reciente estudio de Cáritas y de la Universidad de Comillas, en España hay más de 200.000 personas sin vivienda mínima normal –para no decir digna– que es el término que emplea la Constitución. Tan asombrosas diferencias y desigualdades no son en absoluto necesarias para que funcione el sistema. Los empresarios y los capitalistas nunca han necesitado rendimientos tan exagerados para arriesgar su capital y financiar proyectos. La desigualdad es un hecho del mercado, es una ocurrencia normal, o quizá una malformación, que no tiene ninguna lógica ni se pueden justificar con argumento económico alguno. Mientras existan tales niveles de desigualdad habrá quienes recurran a la utopía socialista... con razón.



Karl Marx

En la utopía socialista se aspiraba también a un nuevo pacto internacional, una *nueva división internacional del trabajo*, basada en la hermandad de los pueblos y la solidaridad de los ciudadanos del mundo. Este rasgo es todavía más difícil de encontrar en ninguna realización histórica concreta del socialismo. La verdad es que los hechos pusieron a prueba a los partidos socialistas del siglo XIX y XX en cuanto a su fe en el «internacionalismo proletario», y la suspendieron con ocasión de la guerra franco prusiana (1870) primero y de la Gran Guerra de 1914 al 1918. En la utopía socialista, sin embargo, figura en primera fila el anhelo de extender la igualdad en la suerte material de las personas a todos los pueblos de la tierra, por más difícil que esto sea.

En las distintas formas del pensamiento socialista encontramos también la aspiración, a veces ingenua, de *racionalizar la producción capitalista*, que en aquellos tiempos, con la recurrencia de crisis, parecía caótica e irracional. Pensaban los socialistas del siglo XIX, que si los hombres habíamos inventado las máquinas y habíamos sido capaces de organizar nuevas unidades y redes económicas de una productividad tremenda, por qué no podíamos organizar la producción de manera que su curso proceda a un ritmo regular, uniformemente acelerado, pero sin rupturas, saltos ni sustos, con su secuela de quiebras, ruinas y enorme sufrimiento humano.

Racionalizar significaba para muchos de ellos organizar la producción desde la voluntad colectiva de satisfacer las necesidades de todos, como criterio principal de eficiencia y eficacia. Racionalizar excluía el sacrificar el proceso económico a las necesidades, verdaderas o fingidas del capital, y a los caprichos de los capitalistas –o las disputas entre ellos.

Sin embargo, la mayor parte de los pensadores socialistas, Marx entre ellos, aun reclamando una racionalización de la producción, no ofrecieron sistema y métodos organizativos completos para la economía nacional y mundial. En realidad no tiene por qué

² La fortuna de Bill Gates se estima (según la revista *Forbes*) en 80.000 millones de US\$, lo que bastaría para alimentar durante una semana a los 2.500 millones de pobres del mundo (a razón de \$4,5 por día)

haber una forma socialista de organizar la producción de la riqueza, lo que importa, en definitiva, es una manera socialista —es decir democrática e igualitaria— de organizar la distribución de la riqueza creada. La organización de la producción, de una manera u otra, salvada siempre la justicia y el respeto a los derechos humanos, es un prerrequisito de la organización de la distribución. En teoría los objetivos distributivos se pueden alcanzar por medio de varias formas de organización económica, aunque probablemente algunas son más eficaces que otras para el fin que se pretende.

La planificación central es la forma que eligió la Revolución Bolchevique para racionalizar la producción. Eso mostró la dificultad de compatibilizar la elección de los criterios de racionalidad con la democracia. ¿Podía haber habido otras formas de organización económica socialista? De hecho la Nueva Política Económica de los años Veinte en la URSS, que impulsó Lenin, con Preobachensky, Leontieff y otros economistas —asesinados a continuación por Stalin—, era una organización socialista con mercado. Quizá podría haber durado en otro contexto político; en un clima de guerra civil no podía haber durado mucho. Habría que ver si se podría haber asignado los recursos a la satisfacción de las necesidades de todos sin afectar la propiedad de los bienes de capital. Probablemente no. Todo depende de la aceptación social y, sobre todo la oposición de los propietarios de los medios de producción a otro sistema de distribución de la producción.

En el socialismo, que Marx estigmatizó como «utópico», el pacifismo, la hermandad universal, la comunicación de los distintos pueblos de la tierra jugaba también un papel muy importante, más importante que la lucha de clases. Es un valor que habría de recuperar la sociedad actual. El socialismo y la guerra son en principio incompatibles. Socialismo belicista, como fue el soviético, es una «contradicción en términos». La paz universal es un típico valor de la tradición socialista.

Los socialistas clásicos no dieron mucha importancia a la conservación del planeta, que yo sepa. Sin duda, porque en su tiempo no lo vieron muy amenazado.

Los socialistas soviéticos tuvieron poco cuidado con la naturaleza, a la que consideraban esclava del hombre, —un poco como los cristianos— y aparentemente con poderes ilimitados. Hoy en día es evidente que la racionalización de la producción tiene que incluir por necesidad un uso razonable, exigido por la necesaria adecuación de una creciente población a unos recursos no renovables. La tecnología, con sus espectaculares avances, puede cambiar los términos y las fechas de esta adecuación, pero en algún momento el uso irreflexivo, egoísta y promovido individualmente tiene que llegar a un límite.

En resumen. Lo esencial del socialismo es: democracia real³ y no sólo formal; mayor igualdad en el reparto de la riqueza producida por el trabajo humano; mayor racionalidad en la producción, evitando despilfarro y crisis; racionalidad en el uso de los recursos escasos, con gran respeto al medio ambiente; pacifismo y solidaridad internacional. Son todas aspiraciones de muchas generaciones pasadas y presentes que el mundo actual no ha colmado, y que más bien parece alejarse de su consecución.

3. Capitalismo en mutación

Las mentes modernas están muy alejadas del socialismo, pero quizá las realidades de la economía nos estén empujando a una situación en la cual una orga-



Mao Tse Tung

³ En otra parte he dicho que el ejercicio de los derechos ciudadanos tiene un costo que muchos no pueden asumir, como pasa en la justicia. No todos los acusados pueden disponer de los recursos económicos necesarios para hacer uso de todas las instancias y posibilidades que están previstas en el derecho procesal.

nización de la producción y de la distribución de riqueza, alternativa a la de un mercado todopoderoso, sea más deseable y más factible. No es una cuestión de fe ciega, sino es cuestión de ver los cambios que se están dando en la estructura económica del capitalismo del siglo XXI.

Una es la casi total *separación entre la propiedad y la gestión*. Las empresas anónimas, que producen más de las tres cuartas partes del producto industrial del mundo capital, están administradas y regidas por un grupo pequeño de ejecutivos y funcionarios –no nos dé miedo el nombre, aunque a ellos no les guste– que no son los propietarios de las empresas⁴: la gestión está separada de la propiedad, de tal manera que la teoría de la ciencia económica ha inventado la «teoría de la agencia» para enfrentar los problemas que puede causar esta separación. ¿Cómo hacen los propietarios, es decir los accionistas, para que los ejecutivos persigan el beneficio de los propietarios y no el suyo propio? Hoy en día, si se quisiera implantar una solución socialista a los problemas de la economía –lo cual, obviamente, es impensable– no haría falta nacionalizar la propiedad, es decir, desposeer de sus títulos a los accionistas, bastaría con nacionalizar la gestión, aunque naturalmente los accionistas lo irían a notar en su dividendos. O incluso sin quitar la gestión a los ejecutivos se podrían orientar el funcionamiento de las empresas a objetivos distributivos poniendo estrictas limitaciones a la capacidad de decisión de los mismos. Es lo que a veces se ha llamado un «socialismo regulatorio».

Esta separación de la propiedad y de la gestión no se limita a las grandes empresas manufactureras y de servicios. El gran capital cae ya bajo este régimen de separación de atribuciones. En efecto, el gran capital que se mueve por el mundo, esas decenas de billones de dólares que viajan de un país a otro, atraídos por pequeños márgenes de lucro, esos grandes capitales no son movidos por sus dueños, sino por unos gestores especializados a quienes las familias y las empresas han confiado la administración de sus ahorros, de sus pensiones (en fondos de pensiones) de sus inversiones (fondo de inversiones), de sus reservas líquidas, etc. También aquí hay una separación entre la propiedad y la gestión, y esta separación es quizá la nota más característica de las finanzas del siglo XX, lo que se ha llamado el «capitalismo



Fidel Castro

popular». A un régimen socialista que encontrara esta situación le bastaría dirigir la gestión de los fondos al benéfico más común y general de la sociedad, aunque habría que reducir por medio de impuestos las dimensiones de algunas fortunas y, desde luego, acabar con los movimientos especulativos de capital.

Otro rasgo importante es la concentración de empresas, con la consiguiente reducción del número de empresas en un sector determinado. Es un fenómeno que continua imparable en nuestros días bajo el pretexto que para competir globalmente las empresas necesitan tamaños gigantescos. En el sector de aviones de pasajeros (de más de cien asientos), por ejemplo, hace veinticinco años había seis o siete empresas, si contamos las soviéticas, grandes empresas que competían entre ellas. Hoy en día solo quedan dos: Boeing-McDonell-Douglass y Airbus. En la medida en que aumenta la concentración y disminuye el número de empresas en un sector, disminuye la importancia de la dirección objetiva e impersonal del sistema de precios en la asignación de recursos a usos alternativos, para dar paso a la dirección intencional de las élites dirigentes de las empresas. En cierta manera se substituye el mercado por la planificación, una planificación empresarial que ordinariamente, y por lo menos en las decisiones esenciales, está centralizada.

La organización y el funcionamiento interno de las grandes empresas se asemejan en algunas cosas a las

⁴ Aunque a veces tengan importantes paquetes accionariales.

empresas públicas socialistas, en cuanto al interior de ellas no rige el mercado sino la planificación. La diferencia estaría en que esta segunda es una planificación privada, llevada a cabo por empresarios privados o ejecutivos que responden a los accionistas, mientras que las primeras responden al Ministerio del Plan. Pero, en el caso hipotético -y por ahora muy poco probable- de una transición del capitalismo al socialismo, esta creciente concentración de empresas facilitaría esta transición, porque no habría que cambiar mucho la estructura ni el funcionamiento interno de las empresas y de los sectores que las engloban. En ellas ya reinaría la planificación. Al nacionalizarlas no habría que introducir cambios revolucionarios y dramáticos, bastaría que siguieran produciendo como lo hacían hasta ahora, solamente que con diferentes objetivos.

Otra paradoja de la evolución de capitalismo reciente es que, con las privatizaciones, y con la extensión del mercado libre a más campos de actividad económica y social, *aumenta la necesidad objetiva de la regulación*. Mientras los ferrocarriles, por ejemplo, sean propiedad del estado y regidos por sus funcionarios, la función de regulación del tráfico, necesaria para asegurar la seguridad de pasajeros y mercancías, la puntualidad y buen servicio de los trenes va juntamente con la propiedad. El propietario, que es el responsable si los trenes funcionan mal, tienen accidentes o causan daños a la economía, tiene que encargarse de que las cosas funcionen bien. Por ejemplo, una vez privatizados los trenes, las vías y las estaciones, ninguna de las compañías privadas que manejan este sistema de transporte aceptará la responsabilidad de que el sistema en su conjunto funcione bien. Cada empresa individual atenderá a su beneficio en el área del sistema en que trabaja, pero no se ocupará de las de los demás. Obviamente tiene que haber una agencia reguladora que antes no existía, que se encargue de supervisar y regular el funcionamiento del conjunto del sistema. En todos los sectores privatizados: electricidad, gas, banca y bolsa, alimentos, medicinas, educación, salud, etc. La regulación es cada vez más necesaria, porque los problemas aumentan (pensemos en el culebrón de



Salvador Allende

las «vacas locas») en los sectores liberalizados o libres hace rato.

No es realista pedir a los individuos y a las empresas que se preocupen por el bien del conjunto. Es necesario que la sociedad toda entera, por medio de instituciones apropiadas, se encargue de ello. Cada vez veremos más cuerpos reguladores con mayores competencias y

mayor poder de decisión y control. Esto se puede ya observar en el país donde el mercado es más libre: en los Estados Unidos, que cuenta con los organismos de regulación más eficientes de todo el mundo (FDA, ISTC, etc.). Estamos en un «capitalismo regulador», que en contra de todas las apariencias se podría estar moviendo hacia un «socialismo regulador».

Por otro lado, las tecnologías modernas, notablemente el Internet, están aumentando la competencia entre empresas, que el mencionado proceso de concentración reduce. Los consumidores pueden estar mejor informados sobre las ofertas del mercado, porque el Internet reduce de una manera asombrosa los «costes de búsqueda», al hacer posible en muy poco tiempo una exhaustiva investigación de mercado (de libros, por ejemplo, o de videos, o discos). Lo mismo sucede a las empresas en la búsqueda de mercados nuevos, o la selección de nuevos proveedores. Esta facilidad y baratura del acceso y manejo de la información relevante a los negocios está causando una verdadera revolución en la economía. Es una situación nueva, de cuyos alcances todavía no tenemos mucha idea, pero que puede llevarnos a formas nuevas de organización de las empresas y, espero, a democratizar el funcionamiento de los mercados. También contribuye a aumentar la competencia entre empresas el hecho de que las nuevas tecnologías han rebajado las barreras de entrada en algunos sectores modernos (Internet, programas de computación, software, etc.), fomentando con ello mayor competencia en los sectores donde más valor se añade a los productos.

El resultado de estas tendencias podría llevar a una mayor democratización de los mercados, al aumentar el poder de los consumidores, y la competencia entre algunas empresas, como un contrapeso y balanza del

poder que otras empresas ganan por medio de la concentración. Así puede resultar un sistema de mercado más democrático, en el que un régimen de planificación privada, altamente regulado, tenga el efectivo contrapeso de unos consumidores y unos proveedores bien informados, selectivos y exigentes. Esta situación también facilitaría la transición a un socialismo de nuevo cuño, un socialismo con mercados más regulados por las autoridades y más controlados por los consumidores que hoy en día. Una economía socialista más democrática que cualquier forma que hayamos conocido hasta el presente.

4. El impulso político

Hasta ahora hemos argumentado que hay motivos para desear el socialismo y que hay tendencias que lo pudieran hacer más viable, más aceptable socialmente de lo que nos parecen las formas anteriores de socialismo. Ahora hay que ver si se puede producir —y como sería— un impulso político que llevara a una sociedad avanzada, como la de la Unión Europea, a optar democráticamente por un modelo socialista, un paso más allá de los modelos socialdemócratas que hemos conocido y experimentado. La sociedad podría optar por el socialismo en el caso de que se diera un *deterioro manifiesto y permanente de la calidad de vida* de la mayoría de la población. No habrá transición al socialismo mientras dure la esperanza de que el sistema capitalista no ha agotado su capacidad de seguir mejorando el nivel de vida de la mayoría de los ciudadanos. Pero, ¿qué sucedería, si el capitalismo generara “daños colaterales” tan gran-



Bill Gates

des que hicieran la vida imposible, aun en plena abundancia de bienes materiales?

No estamos hablando del desmoronamiento del capitalismo con que soñó Marx; estamos hablando de la posibilidad de que un capitalismo muy dinámico, pero muy salvaje genere tales costos en términos de convivencia civil, por ejemplo, de daño al medio ambiente con su secuela de cambios climáticos catastróficos, de flujos emigratorios incontrolables, violencia racial y religiosa, guerras locales, terrorismo, extorsiones, atentados contra los sistemas de computación (virus) y otras de esas lindezas que hay en el mundo. Estamos hablando de una serie de fenómenos negativos, producidos en tal medida e intensidad que la calidad de vida para el común de los mortales se vuelva simplemente inaceptable, y pidan y consigan el cambio. Estas cosas están lejos, pero ya han comenzado a producirse, no nos llamemos a engaños. Sólo tendrían que aumentar significativamente en intensidad y extensión para que produzcan una situación nueva, en que la mayoría de los ciudadanos —y no unos pocos visionarios— se plantee en serio la necesidad de «cambiar el sistema», y entre otras cosas, el modelo de producción y distribución de la riqueza.

En todo caso harían falta políticos, partidos o movimientos que sean capaces de articular una alternativa al modelo de economía de mercado «a ultranza» a la que naturalmente tendemos, si las cosas siguen su presente curso. Porque no nos engañemos, los síntomas de deterioro de la calidad de vida a escala global no van a menos por sí mismos, sino más bien a más. Para esos políticos y esos movimientos, que en un futuro más o menos lejano serán aclamados como salvadores de la civilización, estamos discutiendo ahora. Para que no se encuentren sin saber qué hacer, como les pasó a los bolcheviques en 1917, y tengan, como ellos, que improvisar torpemente y basarlo en la fuerza bruta.

5. ¿Cómo sería una sociedad socialista?

En apariencia sería igual. Las instituciones democráticas que tenemos funcionarían formalmente lo mismo, pero estarían basadas en un nuevo consenso ciudadano sobre las reglas básicas para distribuir la riqueza y sobre los medios para asegurar la mejor calidad de vida posible para los ciudadanos en las circunstancias



Willy Brandt

dadas. Los gobiernos tratarían de conseguir equilibrio entre los niveles de bienestar de los pueblos y desterrarían las guerras y las acciones –y omisiones– que conducen inexorablemente a las guerras. Los patrones de consumo serían diferentes, aunque sin privarnos de todos los adelantos que mejoran la vida y nos ahorran esfuerzos, y más racionales, con marcada preferencia por los bienes de la cultura, el disfrute de la naturaleza y la solidaridad con los más débiles.

Una mayor diferencia con respecto a la situación actual sería que la provisión de los bienes públicos funcionaría bien (con eficiencia de costos y con equidad): la sanidad, la educación, la provisión de vivienda, el transporte público, la formación profesional, las pensiones, las instituciones de la seguridad social, la fiscalidad. La gente estaría dispuesta a pagar impuestos y no evadirlos, si el nuevo sistema pudiera garantizar una paz y una convivencia ciudadana, que el mercado dejado a sí mismo hubiera demostrado ser incapaz de lograr. Poco a poco irían desapareciendo las grandes fortunas, pero la gente seguiría teniendo incentivos para trabajar con la esperanza de mantener la nuevamente ganada paz ciudadana y convivencia, de todas formas oportunidades no faltarían en una economía donde los mercados funcionarían, de otra manera, pero en su esencia premiando el trabajo, la inventiva y la buena suerte.

El socialismo se diferenciaría de modelos alternativos (entre otros de la socialdemocracia «light») por la selección y uso de las tecnologías disponibles para respetar mejor las necesidades del medio ambiente. Una tecnología más respetuosa de la naturaleza y menos

orientada a crear necesidades ficticias sería un signo de distinción de la nueva sociedad. El progreso tecnológico se pondría de una manera clara y decidida al servicio de la erradicación de la pobreza, de las enfermedades de los países pobres (sida, malaria, diarreas, lepra, drogodependencia, control de la natalidad, etc.), al servicio de la agricultura y de los nuevos materiales y diseños para procurar una vivienda eficiente y barata a todo el mundo, y cosas por el estilo.

¿Se requerirán hombres y mujeres nuevos? Bastarán hombres asustados, o mejor hombres con la suficiente imaginación y sentido de la responsabilidad como para entender que la sobrevivencia de la humanidad exige cambios en las aspiraciones colectivas y comportamientos personales. No todos serán así; siempre habrá “polizones”, pero la gran mayoría, con los formadores de la opinión pública más sana y razonable, tendrá el convencimiento de que el sistema tiene que cambiar porque los costos de continuar con él serían insostenibles.

A lo mejor las cosas se arreglan solas, no se necesitará más que pequeñas modulaciones o cambios menores para que todo funcione mejor. Bueno, lo importante es que se arreglen las cosas, que mejore el nivel y la calidad de vida de todo el mundo. Los sistemas económicos no son más medios para esos fines. Pero ¿quién cree que el mundo va camino de una solución y que puede arreglarse sólo? La crítica que hemos hecho al modelo neo-liberal, como programa y utopía, muestra que los grandes problemas de la humanidad no los está arreglando el mercado, sino que más bien los está haciendo más graves.

Quizá venga un día en que las gentes clamen: «Socialismo, ¡por favor!»

Justícia i Pau. Barcelona, 8 de Enero de 2001

Índex

1. **Justificación del tema** 3
2. **Los ideales del Socialismo** 4
3. **Capitalismo en mutación** 6
4. **Un posible impulso político** 9
5. **¿Como sería una sociedad socialista?** . 9

Quaderns per a la solidaritat

- Núm 1 Deute extern, ¿deute etern?**
Arcadi Oliveres Boadella
Maig 1998 · Febrer 1999 (2a. ed.)
- Núm 2 Sempre s'han de pagar els deutes?
Els cristians i el deute extern**
Setembre 1998 · Abril 1999 (2a. ed.)
- Núm 3 El comerç d'armes a la regió
dels Grans Llacs**
Verònica Puigjaner
Novembre 1998
- Núm 4 L'atur: debats i propostes
Idees per acabar amb la societat
salarial**
Andrés Ros Pueyo
Desembre 1998
- Núm 5 Biotecnologia, biodiversitat
i aliments transgènics**
Lluís M. J. de Cisneros Pañella
Maig 1999
- Núm 6 Preguntes i respostes entorn
del deute extern**
Anna M. Garriga
Juliol 1999
- Núm 7 Vigilància ciutadana: la guerra
electrònica
El control social a través de
les noves tecnologies**
Viviane Alice Denoyers
Desembre 1999
- Núm 8 Gandhi i la no-violència**
Antoni Soler
Juny 2000
- Núm 9 El món amenaçador de les armes
lleugeres**
Arnau Gómez Ferrer i Susanna Soler Vivancos
Novembre 2000
- Núm 10 Sorolls**
Lluís J. de Cisneros
Gener 2001
- Núm 11 Repensar el socialismo**
Luis de Sebastián
Març 2001

